



**Migraciones y producción social del hábitat (integral)
en la Argentina contemporánea**

María Victoria Perissinotti*

Fecha de recepción: 28-04-2021

Fecha de aceptación: 02-08-2021

Resumen: En la última década, los migrantes regionales que habitan las ciudades de Argentina han protagonizado procesos de producción social del hábitat como una manera de hacer efectivo su derecho a la ciudad. Desde los estudios migratorios locales, este fenómeno fue ampliamente estudiado, haciendo de la "lucha por la vivienda" un campo consolidado. Inscribiéndose en esa trayectoria, este artículo propone explorar dichos procesos desde una mirada que traspase la literalidad a la que nos confinan nociones como "problemas habitacionales" o "acceso a la vivienda". Por el contrario, aboga por construir una mirada integral del hábitat, que dé cuenta de las múltiples dimensiones que lo componen. El estudio se basa en una investigación etnográfica centrada en la ciudad de Córdoba, Argentina.

Palabras clave: Migraciones regionales; producción social del hábitat; periferias urbanas; etnografía.

Title: Migrations and social production of (integral) habitat in contemporary Argentina

Abstract: In the last decade, regional migrants who inhabit the cities of Argentina have been protagonists of different processes of social production of habitat. This was a way of accomplishing their right to the city. From local migratory studies this phenomenon was widely studied, making the "struggle for housing" a consolidated field of studies. Within this trajectory, this article proposes to explore these processes from a perspective that goes beyond the literality to which notions such as "housing problems" confine us. On the contrary, it intends to imagine a comprehensive view of habitat, which accounts for the multiple dimensions that make it up. The study is based on an ethnographic research focused on the relations between migration, politics and struggles for the city in Córdoba, Argentina.

Keywords: Regional migrations; social production of habitat; urban peripheries; ethnography.

* Licenciada en Comunicación Social, Magíster en Antropología y Doctora en Ciencias Antropológicas por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Instituto de Antropología de Córdoba, IDACOR (CONICET y UNC). E-mail: vperissinotti@gmail.com

Introducción: hacia una mirada integral del hábitat y de las luchas (migrantes) por la ciudad

En la última década, los estudios migratorios locales han dado cuenta de una problemática que atraviesa de manera estructural la vida cotidiana de los y las migrantes regionales que habitan las grandes ciudades del país: las dificultades de acceso al suelo urbano y a la vivienda (digna) (ver Magliano y Perissinotti, 2020; Perissinotti 2019; Gago y García Pérez, 2014, Gallinati, 2015; Magliano, 2019; Marcos, 2020; Marcos y Mera, 2015, 2018; Mera y Vaccotti, 2013; Molinatti y Peláez, 2017; Reusa, 2018; Vaccotti, 2014a, 2014b, 2017). Estos estudios han mostrado que dichas dificultades se inscriben en un contexto histórico de larga data, que conjuga trayectorias laborales precarizadas con un mercado inmobiliario sumamente excluyente y falta de políticas habitacionales de carácter integral (Vaccotti, 2014a; Magliano y Perissinotti, 2020). En este escenario, el acceso al espacio urbano a través de canales formales se ha tornado virtualmente imposible para gran parte de esta población. En las grandes ciudades del país, esto se tradujo en una tendencia creciente: la (re)emergencia de la producción social del hábitat como una manera (posible) de hacer efectivo el derecho a la ciudad.

Desde los estudios migratorios, este fenómeno viene siendo ampliamente estudiado: una multiplicidad de investigaciones recientes documenta el protagonismo de los migrantes regionales (especialmente peruanos, bolivianos y paraguayos) en la construcción de barrios y asentamientos de las periferias urbanas, prestando particular atención a su creciente participación en la construcción de las ciudades contemporáneas (ver Gallinati, 2015 y Vaccotti, 2014b para el caso de Buenos Aires; Rodrigo, 2021 para La Plata; Granero, 2017 para Rosario; Insa, 2016 para Mendoza; Matossian, 2015 para Bariloche; Baeza, 2015 para Comodoro Rivadavia; Radonich, Ciarallo y Tripn, 2011 para Río Negro). La “lucha de los migrantes por la vivienda” se erigió entonces como un campo de análisis relativamente consolidado, con gran desarrollo empírico.

A pesar de este desarrollo, un común denominador que atraviesa a estas investigaciones es que han tendido a priorizar (casi exclusivamente) un recorte analítico que no considera la integralidad de la vida social que se

transmuta en la producción del espacio. En otras palabras, estos estudios han tendido a enfatizar el aspecto más "literal" de la lucha por la vivienda y el acceso al suelo urbano, quedando encerrados en lo que la investigadora mexicana Alejandra Massolo (1999) denomina la mirada "viviendista". Como plantea la antropóloga cordobesa Victoria Reusa (2018): "los estudios académicos tienden a considerar a 'las casas' como unidades aisladas (y aislables) cuando su construcción cotidiana está basada en una diversidad de relaciones sociales". Tal vez, mi propia trayectoria de investigación pueda servir de ejemplo.

Desde hace doce años hago trabajo de campo etnográfico en Los Artesanos y Pueblos Unidos, dos barrios periféricos de la ciudad de Córdoba que fueron construidos casi completamente por sus propios habitantes, entre los que destacan cuantitativamente los migrantes peruanos y bolivianos (precisamente, las dos principales corrientes migratorias de la ciudad). Para mi investigación, acompaño mayormente a personas en edades económicamente activas (entre 25 y 50 años) que llegaron al país entre 2003 y 2015, y que se desempeñan laboralmente -al igual que el 46% de los migrantes regionales que viven en el país (Beharán, 2019)- en distintas ramas de la economía informal: trabajo doméstico, construcción, costura, venta ambulante y cuidados comunitarios. Como ocurre con la mayor parte de los migrantes regionales que llegaron en las últimas décadas a la Argentina, estas trayectorias laborales fuertemente precarizadas los han enfrentado a una serie de dificultades económicas, políticas y sociales que imposibilitaron su acceso al espacio urbano a través de canales "formales" como el mercado inmobiliario o las políticas públicas de vivienda.

Por ejemplo, además de los grandes costos que supone acceder a un mercado inmobiliario crecientemente privatizado, la gran mayoría de mis interlocutores no tenía recibos de sueldo ni garantías propietarias, dos requisitos ineludibles para acceder a un alquiler formal. Tampoco cumplían con las condiciones para postular a un crédito hipotecario, en un contexto donde, como señala el investigador argentino Raúl Fernández Wagner (2012), las líneas de crédito para sectores medios y bajos eran prácticamente inexistentes. Asimismo, como muestra la investigación de Gustavo Rebord y equipo (2018), las políticas públicas de vivienda

implementadas por el gobierno nacional entre 2003 y 2015 (como el Programa Arraigo, creado en 2004), tuvieron muy poca incidencia en la ciudad de Córdoba. Frente a estas dificultades, una opción recurrentemente mencionada por mis interlocutores era alquilar informalmente una pieza en alguna pensión, pero ésta suele ser una solución transitoria, sobre todo para quienes tienen familia e hijos pequeños, debido a que las estrictas normas de convivencia dificultan la estadía en estos lugares.

En consecuencia, y al igual que gran parte de los migrantes regionales (y los sectores populares) que viven en nuestro país, mis interlocutores protagonizaron distintos procesos de tomas de tierra en donde construyeron sus barrios y, en ellos, sus casas propias. Recuperando la clasificación propuesta por el arquitecto mexicano Enrique Ortiz Flores (2012, p. 34), podemos decir que se trató de procesos de producción social del hábitat; es decir, de aquellas acciones generadoras de "espacios habitables, componentes urbanos y viviendas que se realizan bajo el control de autoproductores y otros agentes sociales que operan sin fines de lucro".

Los lugares en donde estos migrantes construyeron sus barrios eran espacios que, hasta el momento de las tomas de tierra (que se produjeron entre fines del 2008 y principios del 2009), se encontraban baldíos, cubiertos de maleza y basura. Se trataba también, en ambos casos, de terrenos ubicados en zonas periféricas de la ciudad, que no contaban con ningún servicio básico y presentaban serios problemas infraestructurales. Quizás por eso, casi todas las personas con las que hablé a lo largo de mi investigación, compartían la sensación que el primer encuentro con esos terrenos les había causado: tal como estaban, esos lugares eran "inhabitables". Fue necesario entonces que los vecinos realizaran un esfuerzo para volverlas "habitables"; esfuerzo al que muchos se refirieron en términos de "lucha" y al que, siguiendo los aportes de Julieta Quirós (2011) y María Inés Fernández Álvarez (2015), propuse leer como el trabajo socialmente necesario y necesariamente colectivo para realizar (es decir, hacer real, materialmente posible) su "derecho a la ciudad" (Lefebvre, 1975; Harvey, 2008). Un proceso que, con mayores o menores similitudes, se ha repetido a lo largo y ancho del país, tal como documentan los trabajos anteriormente referidos.

Durante gran parte de mi investigación, me interesé entonces por dar cuenta de este trabajo social y de las distintas estrategias que mis interlocutores desplegaban para tornar habitables los espacios en donde vivían (ver Perissinotti, 2016; Magliano, Perissinotti y Zenklusen, 2014). El punto es que, tal como argumenté más arriba, ese interés priorizó las cuestiones más “materiales” o “estructurales”: la construcción de las casas, el trazado de las calles, la mensura de los lotes, la instalación del agua, el tendido eléctrico. Solo con el correr del tiempo pude llegar a des-centrarme de esta mirada “viviendista” y logré preguntarme: además de las casas, los lotes y las calles, ¿qué otras cosas se construyen cuando se construye un barrio?, ¿qué cosas son necesarias para poder vivir en la ciudad?, ¿qué es preciso construir para que un espacio sea “habitable”?

Estas preguntas no llegaron solas, sino que (como suele suceder en las investigaciones etnográficas) llegaron de la mano de mis interlocutores. En 2014, cuando comencé mi segunda estancia de trabajo de campo intensivo en Pueblos Unidos, comencé a participar de las actividades de “Las madres del barrio”, un grupo de mujeres que se juntaba todos los martes en casa de Elena -una referente territorial- para “hacer cosas por el barrio”. De alguna manera, yo ya estaba familiarizada con esta formulación a través de la cual las vecinas definían sus actividades, puesto que la había escuchado insistentemente a lo largo de mi primer acercamiento a Pueblos Unidos en 2009. “Hacer cosas por el barrio” era la manera que mis interlocutores tenían de explicar muchas de las actividades que a mí me interesaba estudiar: sus reuniones, las asambleas, el “peloteo” entre oficinas públicas y una multiplicidad de acciones que fui acompañando como parte de un trabajo etnográfico que buscaba conocer las dinámicas de organización colectiva y participación política de migrantes peruanas en la ciudad de Córdoba (ver Perissinotti, 2019).

Al comienzo, y durante un buen tiempo, di por sentado que me hablaban del barrio en términos materiales: los lotes, las calles, la casa, el agua, la luz. Propuse entonces que las experiencias de estas mujeres podían ser leídas en términos de la “lucha de los migrantes por el acceso a la vivienda”. En principio, la lectura resultaba coherente para interrogar este “hacer cosas por el barrio” con el que las mujeres de Pueblos Unidos explicaban sus acciones: mis observaciones de campo mostraban

efectivamente un interés por construir un *barrio* y, en él, una *casa propia*. Y, sin lugar a dudas, su involucramiento político tenía que ver con esta (pre)ocupación. Pero el tiempo me fue revelando que había otras cosas enmarañadas en aquella fórmula que, a primera vista, parecía tan clara. Si bien la cuestión de la vivienda constituía un asunto de vital importancia para mis interlocutoras, ellas no me estaban hablando *solo* de eso.

La posibilidad de interrogar todo lo que el “hacer cosas por el barrio” condensaba como explicación de las experiencias de involucramiento político de este grupo de vecinas solo se hizo evidente allí, cuando mi sentido común no pudo procesarla. Esto sucedió en relación con un proceso particular: las iniciativas y esfuerzos protagonizados por mis interlocutoras en pos de acceder a distintos programas de microcréditos para microemprendimientos productivos, dependientes de diversas agencias estatales y no gubernamentales. Este proceso, al cual “Las madres del barrio” se abocaron durante todo el 2014 y buena parte del 2015, también era explicado en esos términos: se trataba, ni más ni menos de una de las tantas “cosas” que ellas hacían “por el barrio”. Desde mi lectura, informada por una mirada “moralista” de la política (Quirós, 2011), esa caracterización era desajustada: los microcréditos eran una cuestión “individual”, y como tal, nada tenían que ver con “hacer cosas para el barrio”. Sin embargo, las mujeres insistían en integrarlos a ese orden de actividades. ¿Dónde ubicarlos entonces frente a una politicidad predefinida, desde mi problema de investigación, en torno a la problemática de la “vivienda” y el “derecho a la ciudad”?

Una revisita a mis registros de campo más antiguos me permitió encontrar una pista para entender la naturaleza de este desafío en el que mis propios supuestos me estaban poniendo. Según pude registrar, durante los primeros años del barrio -es decir, durante el momento de la toma de tierras-, las personas utilizaban otros términos para describir y explicar aquello que estaban haciendo: “un lugar donde vivir”. Frente a los cuestionamientos que recibieron por parte de distintos sectores sociales por estar habitando terrenos “tomados”, los vecinos insistían en que, si estaban allí, era porque no tenían ningún otro lugar donde ir. Por eso, nos explicaban, las tomas tenían que ver con su intento por construir “un lugar”

en donde poder vivir. Luego de varios años, cuando este *lugar* ya tenía un nombre (pasó de ser "otra toma de tierras" a llamarse Pueblos Unidos) y pudo ser socialmente reconocido y denominado como *barrio*, esta primera explicación fue cediendo lugar a aquella otra: las actividades, vínculos y motivaciones de mis interlocutoras eran comprendidos en términos de "hacer cosas por el barrio". El *lugar* devino *barrio*, pero las actividades para construirlo (el "hacer") no solo se mantuvieron, sino que se ampliaron, se diversificaron y comenzaron a abarcar cuestiones que iban mucho más allá de las viviendas y la materialidad del espacio. ¿Qué otras "cosas" guardaba entonces esta noción?

La propuesta formulada por Doreen Massey me dio una clave para abordar analíticamente la pregunta por el barrio como un "lugar". Inserta en la discusión sobre la importancia de reflexionar sobre la espacialidad de los procesos sociales, Massey (2012, p. 127) propone pensar en un "concepto progresista de lugar". En esta dirección, la autora sugiere dejar de pensar a los lugares como "áreas contenidas dentro de unos límites", para pasar a pensarlos como un "proceso" (Massey, 2012, p. 126-127). Así, afirma que "el espacio no es simplemente la suma de territorios sino una complejidad de relaciones (flujos y fronteras, territorios y vínculos)". Esto implica entonces "que 'un lugar', un territorio, no puede ser tampoco algo simple, cerrado y coherente. Al contrario, *cada lugar es un nodo abierto de relaciones, una articulación, un entramado de flujos, influencias, intercambios*" (Massey, 2004, p. 78-79, el resaltado es mío). La perspectiva de Massey resultó fundamental para realizar el movimiento analítico que propongo explorar en este artículo. Si abordamos el barrio como lugar, y el lugar no solamente en su dimensión material sino como un proceso y un nodo de relaciones, podemos entender que hay en la expresión de mis interlocutoras algo crucial para indagar. Es decir, si asumimos, como propongo, que "hacer cosas por el barrio" significa también construir *un lugar donde vivir*, cabe preguntarse: ¿qué es ese lugar?; ¿de qué "lugares" se compone?

Recuperando este recorrido y estas preguntas de investigación, en el presente artículo propongo explorar etnográficamente -a partir de las experiencias de Pueblos Unidos y Los Artesanos- la multiplicidad y heterogeneidad de "lugares" que es preciso construir para tornar un lugar

“habitable”. Esta propuesta se orienta a indagar en la producción social del hábitat en tanto proceso de disputa y negociación política que traspasa la literalidad a la que usualmente suelen confinarnos nociones como las de “problemas habitacionales” o “acceso a la vivienda”. Con este objetivo, retomo el trabajo de la investigadora chilena Ignacia Ossul-Vermehren (2018, p. 9) quien -basándose en la categoría de “hogar” acuñada por las geógrafas feministas- busca “contrarrestar la visión de la vivienda popular solo como una necesidad material”. Por el contrario, aboga por iluminar también los aspectos inmateriales y políticos de la vivienda y el hábitat popular, incluyéndolos en un marco más amplio de “bienestar”. En diálogo con este argumento, incorporo también el planteo de las investigadoras colombianas María Cecilia Munera y Lina Sánchez Mazo (2012, p. 77), quienes afirman que el hábitat no se reduce a los elementos materiales, sino que abarca también todos aquellos “entramados” que “hacen posible la vida humana”.

El artículo se divide en tres apartados. En el primero, ofrezco una breve descripción de las coordenadas teórico-metodológicas que guían este trabajo, reflexionando acerca de la potencialidad de la perspectiva etnográfica para interrogar los procesos de producción social del hábitat. En el segundo, analizo tres “lugares” que, desde las experiencias de mis interlocutores, emergen como componentes necesarios para poder tornar “habitables” los barrios donde viven. Como veremos, estos lugares se vinculan con tres dimensiones de la vida cotidiana: el trabajo (re)productivo, el esparcimiento y la necesidad de redes de contención. Pienso que se trata de cuestiones que suelen no emerger inicialmente -es decir, al momento de las tomas de tierra o durante los primeros años de construcción de los barrios- porque no son una “urgencia”. Sin embargo, eso no quiere decir que no sean cuestiones importantes para poder vivir bien; “vivir como gente”, como me dijo una vez un vecino. Finalmente, el apartado de las consideraciones finales vuelve sobre las preguntas planteadas en esta Introducción, con el objetivo de comenzar a delinear, y abogar, por una mirada más integral del hábitat, que logre asir y abrigar la multiplicidad de dimensiones que lo componen y los múltiples esfuerzos que los y las migrantes regionales deben realizar para construirlo.

Coordenadas teórico-metodológicas: la producción social del hábitat en Argentina y el potencial de indagarla etnográficamente

Tal como señalan diversas investigaciones (Di Virgilio y Rodríguez, 2013, p. 2; Di Virgilio, 2015; Ortiz Flores, 2012), en los países de América Latina, la producción social del hábitat tiene un carácter "masivo y estructural": constituye la forma mayoritaria de acceso de los sectores populares -entre los que se encuentran, en general, las poblaciones migrantes- a la tierra y la vivienda. En efecto, según un estudio colectivo y colaborativo realizado por distintos investigadores latinoamericanos en 2012, el 67% de la producción habitacional de nuestro continente puede catalogarse en estos términos (Olsson, 2012, p. 7).

Siguiendo a las investigadoras argentinas Mercedes Di Virgilio y María Carla Rodríguez (2013, p. 10), podemos decir que se trata de un concepto que no fue originalmente acuñado por la academia, sino que surgió en el marco de "Hábitat I", la primera conferencia internacional que la ONU organizó en 1976 para tratar "el desafío de la urbanización". Es decir, se trata de un concepto que lleva la impronta de una "interacción multiactoral", en la cual se destacan movimientos y organizaciones sociales que se nuclearon en torno al "hábitat popular" y a su defensa como derecho humano (Di Virgilio y Rodríguez, 2013, p. 11). En ese sentido, como argumentan las autoras, además de describir una modalidad de acceso a la tierra y al espacio urbano, este concepto busca dar cuenta de la masiva capacidad de los sectores populares para *autoproducir*, no solo sus viviendas, sino también sus barrios y la ciudad. Asimismo, como señala Ortiz Flores (2012, p. 14), esta noción busca "deslindar el hábitat y la vivienda de la conceptualización que los reduce a meros objetos mercancía"; por el contrario, aboga por "recuperar su dimensión social, cultural y humana".

Como argumentan Di Virgilio y Rodríguez (2013, p. 10), la masividad de la producción social del hábitat en América Latina se explica "como consecuencia de la persistente brecha entre las características y alcances de la producción capitalista de vivienda y la demanda social de vivienda y hábitat". En otras palabras, este fenómeno debe entenderse en el marco de un largo proceso histórico en el que progresivamente el acceso al suelo

urbano y a la vivienda fue perdiendo su condición de derecho para convertirse en un recurso dominado por lógicas mercantiles, dejando afuera a una gran cantidad de personas (Cravino, 2006).

En la Argentina, distintos autores coinciden en señalar que fue hacia las décadas de 1940 y 1950 -en el marco de los procesos migratorios del campo a la ciudad impulsados por el incipiente proceso de industrialización- cuando la producción social del hábitat comenzó a tomar relevancia como forma de acceso al suelo y a la vivienda entre los sectores populares (Cravino, 2006; Di Virgilio, 2015; Rebord et. al., 2018; Fernández Wagner, 2012). Hacia la década de 1980, esos procesos se profundizaron y dieron origen a una nueva tipología urbana: los "asentamientos informales". Estos asentamientos se caracterizan por un proceso de construcción colectiva y organizada sobre tierra urbana vacante, generalmente en las periferias de las ciudades y en terrenos que muchas veces suelen no ser aptos para uso residencial (Cravino, 2006, 2018; Di Virgilio, 2015).

Como señala el sociólogo argentino Denis Merklen (1997), a pesar de los cambios que han ido sufriendo los procesos de producción social del hábitat en su desenvolvimiento histórico, una de las características que lo identifican tiene que ver con "la voluntad de integración" a la trama urbana; voluntad que expresa una de las aspiraciones más importantes de sus protagonistas: al decir de la antropóloga Virginia Manzano (2009, p. 272; ver también Ferraudi Curto, 2014), "transformar las *ocupaciones* en *barrios*". Esta aspiración es sostenida a través de distintas estrategias, tales como el trazado de las manzanas, los lotes y las calles a partir de loteos existentes, exactamente como sucedió en Pueblos Unidos y en Los Artesanos. Podemos decir entonces, que el proceso que propongo indagar en este artículo forma parte de un largo camino colectivo que los sectores populares -migrantes o no- vienen protagonizando desde hace por lo menos 80 años.

No obstante, los procesos de producción social del hábitat que protagonizaron los vecinos migrantes de estos dos barrios tuvieron lugar en un marco específico en el cual el incremento de nuevas tomas de tierra fue notable en todo el país (Fernández Wagner, 2012) y también en la ciudad de Córdoba (Rebord et. al, 2018). Este incremento se explica por un

contexto de creciente especulación inmobiliaria y por un Estado que, por acción u omisión, "toleró" la proliferación de tomas. En efecto, según el equipo de investigadores coordinado por Gustavo Rebord (2018, p. 137), es posible hablar de una "multiplicación" de los asentamientos entre 2003 y 2015. Esta multiplicación tuvo, además, un gran protagonismo de distintas corrientes migratorias. En el caso de los barrios en donde trabajé, ese protagonismo fue de migrantes peruanos y bolivianos que, para el 2014, representaban respectivamente el 36% y 31% en Pueblos Unidos, y el 56% y 3% en Los Artesanos.

La migración peruana hacia Argentina en general -y hacia la ciudad de Córdoba en particular- puede rastrearse desde principios del siglo XX, con un aumento sostenido desde de la década de 1950 (Rosas, 2010; Alvites Baiadera, 2018). Sin embargo, es a partir de la década de 1990 que esta población comienza a crecer de manera significativa, a raíz de que las condiciones socioeconómicas de Perú y Argentina incentivaran la migración de mujeres jóvenes para emplearse en el trabajo doméstico (Courtis y Pacecca 2010; Mallimaci y Magliano, 2018; Rosas, 2010). Bajo este escenario, durante la década de 1990, la migración desde Perú se distinguió por tener un importante componente femenino, joven y con alta concentración en zonas urbanas. Hacia el comienzo del siglo XXI, apelando a la extensa red de relaciones sociales construida en destino, esta corriente migratoria continuó creciendo y diversificando su perfil: ya no se trata de una migración feminizada que busca insertarse en el trabajo doméstico, sino también de proyectos familiares con distintas motivaciones para emprender la migración, entre las que destacan la búsqueda de opciones laborales, pero también distintos proyectos educativos (Alvites, 2018). En términos generales, se trata de una población joven, en edades económicamente activas y que se ubican mayoritariamente en zonas urbanas periféricas y en empleos informales.

Por su parte, la migración boliviana hacia la ciudad de Córdoba constituye un fenómeno histórico, que se viene dando de manera sostenida desde mediados del siglo XX, en el marco de proyectos familiares que apuestan por la migración como una "estrategia de reproducción social" (Magliano y Mallimaci, 2015, p. 145). A diferencia de la peruana, esta corriente se ha ubicado históricamente tanto en zonas rurales como urbanas

y periurbanas, en la medida que gran parte de su inserción laboral se concentra en la producción hortícola y ladrillera. Sin embargo, en los últimos años, ha crecido la cantidad de familias bolivianas que llegan a las grandes ciudades.

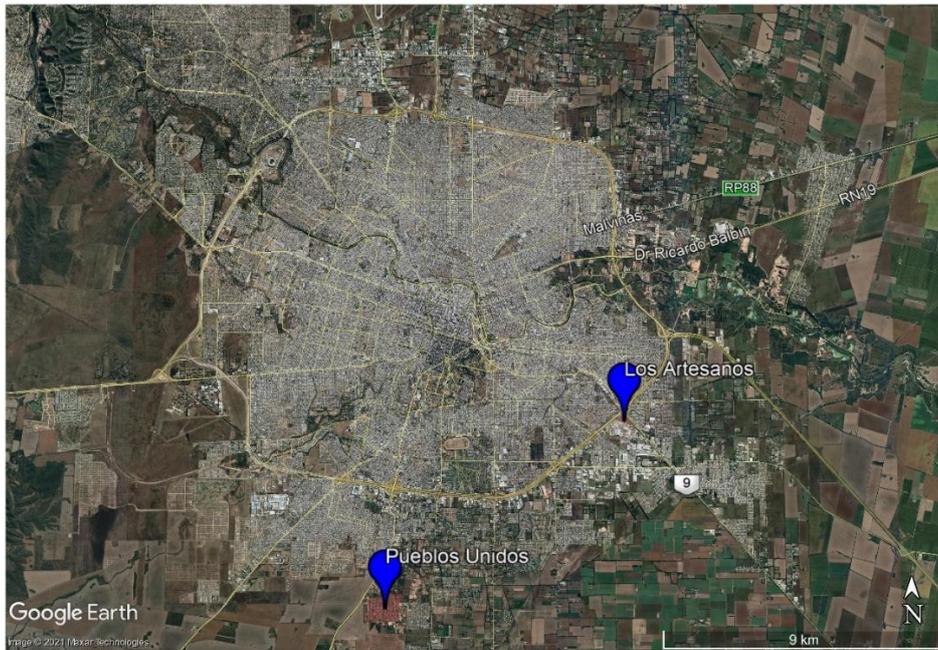
Ambas corrientes migratorias han tenido grandes dificultades para acceder al suelo urbano por canales formales. En efecto, según muestra una investigación basada en los datos del censo 2010 (Molinatti y Peláez, 2017, p. 9), la población peruana y boliviana residente en la ciudad de Córdoba se encuentra en condiciones de segregación habitacional, viviendo mayoritariamente en zonas periféricas del noreste y suroeste de la ciudad, "en condiciones residenciales deficientes". Según este estudio, más del 36% de las personas provenientes de estos países habita en casas constructivamente inadecuadas, el 40% de sus viviendas no tiene acceso a servicios básicos, y casi el 16% de los hogares presenta hacinamiento. Todos estos índices se encuentran por encima de los valores promedio del total de la ciudad.

Acorde con estas tendencias, tanto Pueblos Unidos -ubicado al sur de la ciudad- como Los Artesanos -ubicado al este- comenzaron a poblarse entre el 2008 y el 2009 mediante la ocupación de terrenos vacíos. Los nuevos vecinos se enteraban "de boca en boca": amigos, familiares y compañeros de trabajo les "pasaban la voz" que estaban tomando terrenos. Y, frente a la necesidad, los interesados se instalaban en chozas o carpas para garantizar la tenencia. Hacia mediados de 2009, el incipiente proceso de ocupación comenzó a consolidarse mediante distintas estrategias de organización colectiva (como asambleas y comisiones directivas) que disputaron el reconocimiento de ese espacio y el derecho de los vecinos a vivir allí (Perissinotti, 2019).

Fue en ese momento que comencé a acompañar etnográficamente las actividades de distintos grupos de vecinos en ambos barrios como parte de mi trabajo de campo. En virtud de mis intereses de investigación, acompañé sistemáticamente la cotidianidad y las actividades de las 20 mujeres peruanas que se nucleaban en "Las madres del barrio" en Pueblos Unidos, y las actividades de las 12 mujeres peruanas que fundaron la copa de leche en Los Artesanos. A través de ellas, participé también de otros espacios

colectivos barriales, como las asambleas y comisiones directivas, que implicaron, a su vez, la observación de instancias de negociación con funcionarios y reparticiones estatales, la participación en movilizaciones y cortes de ruta, y la asistencia a reuniones con distintas organizaciones sociales y políticas.

Plano de ubicación de los barrios en la ciudad de Córdoba



Fuente: Elaboración propia en base a *GoogleMaps*

Desde una perspectiva antropológica que propone abordar lo social como “proceso vivo” (Quirós, 2011, 2021), el trabajo de campo consistió en acompañar fragmentos de la vida social de mis interlocutores, prestando especial atención a la manera en que vivían y entendían aquello que hacían. Desde esta perspectiva -y a diferencia de otros acercamientos cualitativos-, el trabajo de campo no estuvo orientado por la técnica de entrevistas en profundidad, sino que priorizó la *participación-observante* (Quirós, 2021). Los materiales de análisis que sustentan este trabajo provienen fundamentalmente, de registros de campo tomados con posterioridad al encuentro con mis interlocutores, en el que siempre privilegié la posibilidad de acompañar sus *vivencias*.

Este acercamiento metodológico fue fundamental para darle un verdadero lugar a estos otros “lugares” que propongo explorar en este

artículo, como una manera de comenzar a trascender la mirada vivandista que prima en los estudios sobre las luchas migrantes por el acceso al espacio urbano. Y esto en la medida en que valorar especialmente la mirada de las personas con las que trabajamos, me obligó a correrme de los ejes que usualmente se indagan y acercarme a otras experiencias que yo misma había desestimado en un comienzo.

Tres lugares indispensables para pensar el hábitat popular

Comienzo este recorrido de espacios indispensables para tornar "habitables" un lugar donde vivir por el que tal vez sea uno de los más importantes: los espacios de cuidado comunitario. Tanto en Pueblos Unidos como en Los Artesanos (y en otros barrios populares que tuve la posibilidad de conocer), resalta la gran cantidad de espacios de cuidado -como los merenderos, copas de leche y guarderías- en donde las vecinas se hacen cargo colectiva y comunitariamente de las tareas de reproducción y sostenibilidad de la vida. Estos espacios, al igual que las casas, las calles, el agua y la luz, fueron autoconstruidos por los propios habitantes.

En el caso de Pueblos Unidos, fue en 2010 (dos años después de iniciada la toma de tierras) cuando un grupo de vecinas le planteó a la asamblea barrial su necesidad de construir una guardería para poder dejar a sus hijos pequeños y poder "salir a trabajar". Ocorre que, a diferencia de otros barrios de la ciudad, en Pueblos Unidos no había guarderías cerca: como se trataba de una toma que no estaba formalmente reconocida por el Estado, las políticas públicas para la primera infancia tardaron muchos años en llegar. Frente al pedido, la asamblea barrial y una de las organizaciones sociales con las que trabajaban, realizaron gran cantidad de actividades (como rifas, polladas, eventos bailables) para recaudar dinero e iniciar las obras. Algunos meses después, durante cuatro fines de semana consecutivos, dos cuadrillas de vecinos que se dedicaban a la construcción, levantaron la salita de la Guagua Huasi, la guardería a la que actualmente concurren unos 60 niños del barrio y en donde trabajan 5 vecinas mediante distintos programas provinciales.

Algo similar sucedió en Los Artesanos. También allí las vecinas mujeres le reclamaban a Gabi -la presidenta de la comisión directiva del barrio- la necesidad de contar con un espacio en donde dejar a sus hijos pequeños para poder trabajar. Tomando ese pedido, Gabi gestionó la creación de una "Sala Cuna", una política del gobierno provincial destinada a crear espacios de cuidado para niños entre 45 días y 3 años. Las gestiones le llevaron varios años y mucho trabajo: recién en el 2016 logró que la abrieran (ver Magliano y Perissinotti, 2021). Actualmente, allí concurren 45 niños y trabajan 10 vecinas, de las cuales son 8 peruanas y 2 argentinas.

Además de la guardería y la Sala Cuna, en ambos barrios funcionan una serie de comedores, merenderos y copas de leche. Según un censo que realizamos en 2019 en Los Artesanos, el 34% de la población del barrio recibe alimentos de estos espacios comunitarios (Magliano, Perissinotti y Zenklusen 2019). Todos estos espacios fueron construidos y son sostenidos y gestionados por vecinas migrantes. Al igual que hicieron con prácticamente todos los componentes del hábitat barrial, para construir estos espacios las mujeres coordinaron actividades para recaudar el dinero necesario para las obras. También gestionaron las jornadas colectivas de trabajo en las cuales sus familiares varones, con conocimientos de construcción, edificaron las habitaciones en donde los llevan adelante. Asimismo, para la gestión cotidiana de comedores, merenderos y copas de leche, las vecinas realizan un gran trabajo: además de cocinar, servir y repartir los alimentos, ellas se encargan de retirar la mercadería que el Estado nacional "baja" a través de distintas organizaciones sociales; realizan las compras de los productos frescos (como carne y verduras); y juntan el dinero para pagar los gastos corrientes, como las garrafas, dado que el 98% del barrio no cuenta con gas natural.

A estos espacios de cuidado autoconstruidos y sostenidos por las y los vecinos del barrio, es necesario sumar los espacios de apoyo escolar. En Pueblos Unidos, desde 2013 funciona en la casa de Elena -la referente barrial que coordinaba las reuniones de "Las madres del barrio"- un taller en donde vecinas y un grupo de jóvenes peruanos universitarios de una ONG dan apoyo escolar a aproximadamente 20 niños y niñas de nivel primario. Según hemos podido observar con el correr de los años, estos espacios

resultan imprescindibles para garantizar el desempeño escolar de aquellos niños que no cuentan con ayuda en sus propios hogares.

Como escribimos con María José Magliano, desde nuestro modo de ver, los espacios de cuidado comunitario ocupan un rol central en el proceso de consolidación de estos barrios, en la medida en que contribuyen a contrarrestar la presencia "adelgazada" del Estado (De Marinis, 2011) y los históricos despojos a los que han sido sometidos los sectores subalternos. La construcción de espacios de cuidado comunitario puede pensarse como una forma de responder colectivamente a las necesidades y de mitigar la *precaridad* (Butler, 2011) que atraviesa la vida en las periferias urbanas. Retomando la propuesta de Munero y Sánchez Mazo (2012), podemos decir que los espacios de cuidado comunitario constituyen una parte indispensable del hábitat, en tanto que forman parte del *entramado* que hace posible la vida en esos barrios. Se trata de aquellas prácticas (re)productivas y comunitarias que hacen posible "la construcción de un proyecto de vida *en y desde*" un asentamiento popular (Ossul-Vermeiren, 2018, p. 21, el resaltado es mío). Como señala Massolo (1999), las mujeres que viven en estos barrios cuentan con una amplia trayectoria en resolver este tipo de necesidades mediante distintas formas comunitarias de *ayuda mutua*. Se trata, siguiendo a Gago (2019, p. 46), de una de las muchas maneras en que las y los vecinos de los barrios populares construyen infraestructura barrial concreta "produciendo servicios comunes que tienen un evidente valor político". Infraestructura que, en otros espacios de la ciudad, se encuentra garantizada de hecho.

Otro de los lugares que considero importante atender en esta búsqueda, se vincula con la construcción de distintos espacios y redes de esparcimiento. Tanto en Pueblos Unidos como en Los Artesanos, una de las primeras cosas que los vecinos construyeron –una vez que tenían sus casas, el tendido de los caños para el agua y de los cables para la luz– fueron "las canchitas". Durante algunos fines de semana, los varones desmalezaron los terrenos "del fondo" y ubicaron arcos para las canchas de fútbol y redes para la de vóley. Sin mucha más infraestructura que esa, en ambos barrios organizaron torneos que pronto congregaron a una gran cantidad de vecinos, amigos, parientes y allegados. Alrededor de las

canchas, y aprovechando la afluencia de personas que garantizan los torneos, algunos vecinos y vecinas montaron pequeños puestos de venta de comidas y bebidas típicas: chicha morada, marcianos, papa rellena, anticucho.

Con el correr de los años, los vecinos siguieron invirtiendo tiempo, trabajo y dinero para "mejorar" las canchas, dado que se trata de espacios de gran importancia para muchos de ellos. Así, por ejemplo, la comisión directiva de Los Artesanos organizó en 2016 una serie de "polladas pro-canchas" con las que juntaron el dinero necesario para la compra de otro par de arcos de fútbol, de modo de poder jugar dos partidos simultáneamente: uno del torneo de varones, otro del torneo de mujeres. Hacia 2018, recuerdo también la preocupación de algunos por plantar árboles alrededor de las canchas para generar un poco de reparo, pues jugar en verano con el sol radiante podía llegar a ser un verdadero infierno. Y además de árboles, querían plantar también flores para "hermosear" el lugar: querían "que se vea bonito". Desde la comisión directiva se contactaron entonces con un funcionario de la municipalidad, que les planteó que tenían que presentar un proyecto de parquización, proyecto que los vecinos armaron y presentaron, pero sin obtener respuesta. Finalmente, casi un año después del pedido a la municipalidad, consiguieron los árboles de la mano de un contacto que uno de los miembros de la comisión logró realizar con el vivero municipal. Tras una rápida colecta "a voluntad", juntaron el dinero para pagar el flete que llevó los árboles al barrio y organizaron una jornada de trabajo colectivo para plantarlos alrededor de la cancha. No todos los árboles sobrevivieron: en primer lugar, porque llevar agua hasta las canchas implica un esfuerzo muy grande, porque la instalación de las cañerías no llega hasta allí y había que llevarla en carretilla; en segundo lugar, porque el agua es un bien escaso en Los Artesanos, y destinarla a regar plantas supone recortar el consumo humano.

Esfuerzos similares realizaron los habitantes de Pueblos Unidos para construir una plaza con juegos para niños. Durante años, los vecinos custodiaron celosamente el terreno que habían dejado separado para construirla, y en más de una ocasión tuvieron que impedir que recién llegados tomaran alguno de los lotes reservados para tal fin. Ocurre que

recién cuatro años después del inicio del barrio, la comisión directiva consiguió que la municipalidad les otorgara los juegos y los bancos para armarla. También allí tuvieron que contratar un flete para buscarlos y organizar colectivamente la instalación. Actualmente, y desde hace seis años, "Las madres del barrio" se encargan de generar -con distintas actividades como rifas y bingos- el dinero necesario para contratar a un vecino que limpia y mantiene la plaza.

Traigo estas experiencias con cierto nivel de detalle porque me interesa enfatizar y desplegar dos cuestiones. Primero, la importancia que tienen los espacios comunes de esparcimiento y sociabilidad en la construcción de un lugar en donde poder vivir. Retomando el planteo de Alejandra Massolo (1999, p. 88), podemos decir que una concepción total del hábitat incluye también "concebir el esparcimiento, la sociabilidad festiva y el descanso" como un derecho legítimo que hace "al disfrute de la vida social urbana". "El derecho a la ciudad en un sentido amplio e integral", señala la autora, debe incluir necesariamente estas dimensiones (Massolo, 1999, p. 88). Segundo, me interesa visibilizar todo el trabajo socialmente necesario y necesariamente colectivo que la construcción de estos espacios requiere. Del mismo modo que la gran mayoría de la infraestructura con la que actualmente cuentan estos barrios, los espacios de sociabilidad, esparcimiento y descanso han sido también construidos, solventados y mantenidos por sus propios habitantes (ver Canelo, 2013, para un caso similar en Buenos Aires). Se trata de otra forma de producción social del hábitat urbano.

Finalizo este recorrido por el lugar donde lo comencé: las reuniones semanales de "Las madres del barrio", un grupo de mujeres que, en su afán por "hacer cosas por el barrio", se involucraron en una densa trama de relaciones y actores en pos de conseguir -entre otras muchas cosas- microcréditos para microemprendimientos productivos. Mi dificultad para percibir cómo los microcréditos podían integrar este interés colectivo por construir un barrio se debía a que, desde mis supuestos y prenociones, se trataban de una actividad de interés material o "económico" y eran objetos de carácter "individual". Es decir, no cumplían con los requisitos de una "auténtica" lucha colectiva. Sin embargo, la insistencia de mis interlocutoras

por integrarlas a este orden de cosas me obligó a prestarles atención. Acompañando sus reuniones, descubrí que había allí dos dimensiones a explorar.

En primer lugar, el esfuerzo que mis interlocutoras dispensaban a la búsqueda de microcréditos tenía que ver con la posibilidad de encontrar fuentes de trabajo y de ingreso que les permitieran salir de los mercados laborales en los que sufrían explotación y frecuentes experiencias de humillación, como el empleo doméstico, tarea en la que se empleaban, al igual que más de la mitad de las migrantes sudamericanas que viven en Argentina (Maguid, 2011). Es decir, el esfuerzo por acceder a distintos planes de microcréditos consistía en una apuesta colectiva por garantizar una forma de cumplir muchas de las expectativas de esa "empresa de progreso" (Gago, 2014) que habían emprendido con la migración. Y este esfuerzo colectivo se asentaba en el barrio, en la medida en que el deseo y aspiración de mis interlocutoras era precisamente armar emprendimientos allí mismo, "así estamos más cerca y podemos estar más en casa", como solían explicarme. Así, una de las vecinas quería armar un kiosco en su casa, otra un taller textil, otra una panadería. Poder advertir y darle un lugar analítico a estas consideraciones, me llevó a entender cómo y por qué Elena y sus vecinas enmarcaban la búsqueda de microcréditos dentro de las acciones relacionadas con "hacer cosas por el barrio": se trataba, en definitiva, de seguir construyendo en -y por intermedio de- el barrio, distintas posibilidades de proyectar marcos más amplios de bienestar.

En segundo lugar, acompañar las reuniones de estas mujeres me permitió comprender que, en ese espacio de encuentro, se estaba construyendo algo más. Al comienzo, y quizás condicionada por mis prejuicios acerca de los microcréditos, al acompañar las reuniones de las mujeres, me invadía una impaciencia que hoy puedo reconocer como de clase. Casi siempre sentía que las reuniones tardaban mucho en empezar, como si éstas empezaran únicamente a partir del instante en que se trata algo así como "la orden del día". En varias reuniones a las que asistí, tuve también la sensación de que las mujeres no tenían algo "concreto" para hacer allí. Sin embargo, allí estaban y seguían yendo. Había algo que hacía de ese espacio un espacio importante para ellas. Al principio supuse que era importante porque allí se transmitían información sobre las vacunas para los

chicos, sobre los turnos de los médicos del dispensario, sobre propuestas laborales y sobre ofertas en el súper. Y claro que esto tenía importancia. Sin embargo, hoy puedo decir que había algo más: el hecho de estar ahí, de estar juntas, de charlar, de encontrarse y de compartir, hacía de ese espacio y de ese lugar algo fundamental para la vida de estas mujeres.

Tal como señala la antropóloga brasilera Antonadia Borges (2003, p. 41), una de las dificultades más importantes que suelen atravesar los habitantes de barrios populares al momento de las tomas de tierra pasa menos por las carencias materiales y más "por la ausencia de lazos". Al respecto, Ignacia Ossul-Vermeiren (2018, p. 11) argumenta que "aspectos tales como el arraigo al lugar y la historia colectiva de lucha pueden ser factores determinantes en la creación de un hogar en contextos de pobreza". Creo que algo de esto vale también para el caso que aquí exploramos pues, además de los créditos y los emprendimientos, otro fenómeno se producía en las reuniones de las mujeres: los lazos entre ellas. Si siguiendo a Doreen Massey, entendemos que un lugar es mucho más que un espacio geográfico, porque un lugar es también un nodo de relaciones. El espacio de "Las madres del barrio" era asimismo una forma de construir ese *lugar*. Tornar "habitable" un lugar donde vivir implica también, necesariamente, construir una trama de vínculos que ayuden a sostener la vida andando.

Recientemente, la antropóloga Victoria Reusa (2020) llamó la atención sobre la importancia de estos espacios de encuentro y acompañamiento "de y entre mujeres" de sectores subalternos, como una manera de gestionar y afrontar colectivamente las problemáticas de la vida cotidiana. Afirma la autora: "mientras se consolidan y multiplican las condiciones estructurales de exclusión, vulnerabilidad y precariedad tanto laboral como de la vida en general" estos colectivos parecieran transformarse "en una vía para sobrevivir, resistir y tornar posible la existencia social en el barrio" (Reusa, 2020, p. 567). Retomando la propuesta de María Inés Fernández Álvarez (2016), podemos decir que se trata de uno de los muchos dispositivos que las mujeres de sectores populares construyen y sostienen a diario para garantizar, imaginar, proyectar y *construir* formas y posibilidades de "bienestar colectivo". En diálogo con el trabajo de Ossul-Vermeiren (2018),

podemos decir que estos dispositivos -asentados en las relaciones entre los habitantes del barrio y entre los habitantes y el lugar-, son indispensables para construir un lugar que pueda sentirse no solo como una vivienda, sino también como un "hogar".

Consideraciones finales: Un lugar donde estar "en casa"

Atendiendo al recorrido realizado hasta aquí, vuelvo a la pregunta con la que iniciamos este artículo: ¿Qué significaba, para mis interlocutores, construir un lugar donde poder vivir? En principio, y como hemos visto a lo largo de estas páginas, significaba mucho más que encontrar un espacio en donde edificar una casa. En ese sentido, los procesos que aquí abordamos no pueden restringirse a aquello que en la ciencia social contemporánea suele ser catalogado como las luchas por el "acceso a la vivienda"; tampoco creo suficiente pensarlos en términos de los procesos de politización implicados en los procesos de urbanización.

Efectivamente, la cuestión del acceso a la vivienda y a la infraestructura urbana constituye un eje central de las luchas y reivindicaciones de los migrantes latinoamericanos en la Argentina contemporánea. Y, como desarrollamos en otras oportunidades (Perissinotti, 2016; Magliano, Perissinotti y Zenklusen, 2014), esto no era algo ajeno a mis interlocutores. Traducir su lucha por *un lugar en donde vivir* en términos del "acceso a la vivienda" sería, en el caso que aquí nos ocupa, reducir la densidad y complejidad de sus experiencias. Es que, ese *lugar* que con su *esfuerzo* buscaron construir, significaba mucho más que la vivienda -e inclusive el barrio- en sí misma.

Significaba también construir espacios en donde resolver colectiva y comunitariamente las tareas (re)productivas y de cuidado, como los comedores, merenderos, copas de leche, guarderías y apoyos escolares: espacios en donde los niños y niñas del barrio transitan -y habitan- cotidianamente. Significaba hacerle un lugar a la necesidad de espacios de encuentro, recreación y ocio, como las canchitas de fútbol y de vóley, o la plaza para los niños. Significaba también "hermosear" esos lugares, pues el placer de lo estético no puede (no debería) ser un privilegio solo para algunos. Significaba también construir colectivamente distintas estrategias

de "rebusque" y "formas de ganarse la vida" que les permitieran salir de relaciones laborales precarizadas y precarizantes.

Pero, además, construir *un lugar donde vivir* significaba, fundamentalmente, construir vínculos. Vínculos que garantizaran un lugar social. Es decir, que les dieran la posibilidad de ser alguien en este nuevo lugar al que habían llegado y en el que habían decidido permanecer. En este sentido, si algo me enseñaron las reuniones a las que asistí (tanto las de "Las madres del barrio" en Pueblos Unidos, como las de la Comisión Directiva en Los Artesanos), es que con su participación en esos espacios, mis interlocutores estaban creando un entramado de relaciones que, gracias a la lectura de Doreen Massey (2004, 2012), pude entender nada más y nada menos que como un *lugar*. Valiéndome de la iluminadora categoría de Félix Guattari (1996), tal vez pueda decir que lo que mis interlocutores estaban construyendo en esas reuniones, en los espacios de cuidado comunitario y en los espacios de recreación era un "territorio existencial".

La noción de territorio, para Guattari y Rolnik (2006), debe entenderse en un sentido que desborda el uso que ha recibido tradicionalmente. "El territorio", afirman los autores, "puede ser relativo a un espacio vivido, así como a un sistema percibido en cuyo seno un sujeto se siente «*en su casa*»" (Guattari y Rolnik, 2006, p. 372, el resaltado es mío). Creo que algo de eso es lo que percibimos a lo largo de estas páginas: un grupo de migrantes que, llegados a la ciudad de Córdoba y constreñidos por condiciones estructurales que parecían expulsarlos de la ciudad, buscaron construir un lugar en el mundo en donde sentirse "en casa".

Este planteo puede hacerse extensivo para comprender procesos sociales análogos, en los cuales distintos sectores subalternos de la Argentina contemporánea -entre los que destacan ciertamente distintos colectivos migratorios- resuelven creativamente a partir del territorio y de su pertenencia a esos barrios, las múltiples necesidades que la vida urbana supone. Mi propuesta es iluminar estas múltiples necesidades y traerlas al análisis. Pienso que los estudios acerca de cómo los y las migrantes construyen ciudad nos ofrecen una oportunidad inmejorable para ahondar en estas cuestiones, porque estas personas necesariamente tienen que volver a producir esos espacios donde estar "en casa". Visibilizar estas

dimensiones puede ser útil, entre otras cosas, para pensar políticas públicas que atiendan de manera integral las múltiples y variadas necesidades de la vida en la periferia urbana.

Bibliografía

Alvites Baiadera, Angélica (2018). Peruanos en el cruce de frontera hacia Argentina. Reflexiones sobre las políticas de control migratorio desde las subjetividades de los migrantes. *REMHU*, 26(53): 171-186.

Baeza, Brígida (2015). "Toma de tierras" y crecimiento urbano en Comodoro Rivadavia: diferenciaciones y tensiones entre migrantes limítrofes, internos y comodorenses. *Párrafos geográficos*, 13(2): 76-107. Recuperado de: http://igeopat.org/parrafosgeograficos/images/RevistasPG/2014_V13_2/22-4.pdf

Beherán, Mariana (octubre de 2019). *Migraciones e informalidad laboral en Argentina*. VI Seminario sobre economía informal. Hacia un futuro del trabajo sin informalidad. Organización Internacional del Trabajo, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de: https://www.ilo.org/wcmsp5/groups/public/---americas/---ro-lima/---ilo-buenos_aires/documents/presentation/wcms_727133.pdf

Borges, Antonádia (2003). *Tempo da Brasilia. Etnografando lugares-evento da política*. Relume Dumará.

Canelo, Brenda (2013). *Fronteras internas. Migración y disputas espaciales en la Ciudad de Buenos Aires*. Antropofagia.

Courtis, Corina, y Pacecca, María Inés (2010). Género y trayectoria migratoria: mujeres migrantes y trabajo doméstico en el Área Metropolitana de Buenos Aires. *Papeles de Población*, 16(63): 155-185.

Cravino, María Cristina (2006). *Las villas de la ciudad: mercado e informalidad urbana*. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Cravino, María Cristina (2018). *La ciudad (re)negada. Aproximaciones al estudio de asentamientos populares en nueve ciudades argentinas*. Universidad Nacional de General Sarmiento.

De Marinis, Pablo (2011). Derivas de la comunidad: algunas reflexiones preliminares para una teoría sociológica en (y desde) América Latina. *SINAIS. Revista Eletrônica - Ciências Sociais*, 9: 83-117. Recuperado de: <https://periodicos.ufes.br/sinais/article/view/2781>

Di Virgilio, M. M. (2015). Urbanizaciones de origen informal en Buenos Aires. Lógicas de producción de suelo urbano y acceso a la vivienda. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 30(3): 651-690. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.24201/edu.v30i3.1496>

Di Virgilio, María Mercedes y Rodríguez, María Carla (2013). Prólogo. La producción social del hábitat en América Latina: desafíos para una Región

en transformación. En *Producción social del hábitat* (pp. 9-20). Café de las Ciudades.

Fernández Álvarez, María Inés (2015). *Hacer juntos(as). Dinámicas, contornos y relieves de la política colectiva*. Biblos.

Fernández Álvarez, María Inés (2016) Experiencias de precariedad, creación de derechos y producción colectiva de bienestar(es) desde la economía popular. *Revista Ensamblés en sociedad, política y cultura*. 4(5): 72-89. Recuperado de: <http://www.revistaensambles.com.ar/ojs-2.4.1/index.php/ensambles/article/view/76>

Fernández Wagner, Raúl (2012). La Producción Social del Hábitat en la ciudad injusta. En AAVV, *El camino posible. Producción social del hábitat en América Latina* (pp. 59-76). Trilce.

Ferraudi Curto, María Cecilia (2014). *Ni punteros ni piqueteros. Urbanización y política en una villa del conurbano*. Gorla.

Gago, Verónica (2014). *La razón neoliberal. Economías barrocas y pragmática popular*. Tinta Limón.

Gago, Verónica (2019). El cuerpo del trabajo. Tres escenas cartografiadas desde el paro feminista. *A contracorriente. Una revista de estudios latinoamericanos*, 16(3): 39-60. Recuperado de: https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/124265/CONICET_Digital_Nro.3aefe533-c3eb-455e-b1f5-90c6a672c5cf_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y

Gago, Verónica y García Pérez, Eva (2014). Ciudad próspera, ciudad monstruosa: nuevas racionalidades urbanas a partir del caso Indoamericano. *Quid*, 16(4): 66-83. Recuperado de: <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/quid16/article/view/1152>

Gallinati, Carla (2015). Vivir en la villa y luchar por la vivienda. O sobre una de las formas de ser migrante en la ciudad de Buenos Aires. *Odisea. Revista de Estudios Migratorios*, 2: 51-78. Recuperado de: <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/odisea/article/view/2268>

Granero, Georgina (2017). Construcción de un espacio urbano periférico en el Gran Rosario (Argentina) por migrantes paraguayos: trayectorias, contrastes y marcaciones. *Población & Sociedad*, 24(2): 129-162. Recuperado de: <http://www.poblacionysociedad.org.ar/archivos/24/P&SV24-N2-Granero.pdf>

Guattari, Félix (1996). *Caosmosis*. Manantial.

Guattari, Félix y Rolnik, Suley (2006). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Traficantes de sueños.

Harvey, David (2008). The right to the city. *New Left Review*, 53: 23-40. Recuperado de: <https://newleftreview.org/issues/ii53/articles/david-harvey-the-right-to-the-city>

Insa, Cinthya (octubre de 2016). "Flores del Perú" para unos, "Villa de los Peruanos" para otros. *Un caso de estudio en el oeste argentino*. Jornadas Un siglo de migración en la Argentina contemporánea. Instituto de Investigaciones Gino Germani, Buenos Aires, Argentina. Recuperado de:

http://biblioteca.clacso.edu.ar/Argentina/iigg-uba/20170530080906/LibroMigraciones_compr.pdf

Lefebvré, Henry (1975) [1967]. *El derecho a la ciudad*. Península.

Magliano, María José (2019). La división sexual del trabajo comunitario. Migración peruana, informalidad y reproducción de la vida en Córdoba, Argentina. *Revista Estudios Sociales*, 70: 88-99. Recuperado de: <https://doi.org/10.7440/res70.2019.08>

Magliano, María José y Mallimaci, Ana Inés (2015). Las edades de la migración boliviana en Argentina: Córdoba y Ushuaia como destino. *Si Somos Americanos*, 15(1): 141-167.

Magliano, María José y Perissinotti, María Victoria (2020). La periferia autoconstruida: migraciones, informalidad y segregación urbana en Argentina. *Revista Eure. Revista Latinoamericana de Estudios Urbanos Regionales*, 46(138): 5-23. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612020000200005>

Magliano, María José; Perissinotti, María Victoria (2021). La gestión de lo común como nuevas formas de ciudadanía. El caso de las cuidadoras comunitarias migrantes en Córdoba, Argentina. *RES. Revista Española de Sociología*, 30(2): 1-15. Recuperado de: <https://doi.org/10.22325/fes/res.2021.33>

Magliano, María José, Perissinotti, María Victoria y Zenklusen, Denise (2014). Estrategias en torno a las formas de apropiación y organización del espacio en un "barrio de migrantes" de la ciudad de Córdoba, Argentina. *Revista Estudios Demográficos y Urbanos*, 29(3): 513-539. Recuperado de: <https://estudiosdemograficosyurbanos.colmex.mx/index.php/edu/article/view/1470>

Magliano, María José, Perissinotti, María Victoria y Zenklusen, Denise (2019). *Censo de Viviendas, Hogares, Población y sus Características Migratorias en barrio Los Artesanos* (Informe técnico del Servicio Tecnológico de Alto Nivel N° 4288). CONICET.

Mallimaci, Ana Inés y Magliano, María José (2018). Mujeres migrantes sudamericanas y trayectorias laborales de cuidado en dos ciudades argentinas. *Odisea. Revista de Estudios Migratorios*, 5: 108-134. Recuperado de: <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/odisea/article/view/3083>

Manzano, Virginia (2009). Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza. En: A. Grimson, M. C. Ferraudi Curto y R. Segura (Comp.), *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, (pp. 267-296). Prometeo.

Marcos, Mariana y Mera, Gabriela (2015). Migración y vivienda en la Ciudad de Buenos Aires: apuntes sobre el déficit habitacional de los migrantes limítrofes y del Perú. *Revista de la Facultad de Ciencias Sociales*, 2: 68-72. Recuperado de: <http://www.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/13.-SOCIALES-87-MERO-MARCOS.pdf>

Marcos, Mariana y Mera, Gabriela (2018). Migración, vivienda y desigualdades urbanas: condiciones socio-habitacionales de los migrantes

regionales en Buenos Aires. *Revista INVI*, 33(92): 53-86. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-83582018000100053>

Massey, Doreen (2004). Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 57: 77-84. Recuperado de: <https://publicacions.iec.cat/repository/pdf/00000019/00000025.pdf>

Massey, Doreen (2012). Un sentido global de lugar. En A. Albet, Abel y N. Benach (Comp.), *Doreen Massey, un sentido global de lugar*, (pp.112-129). Icaria.

Massolo, Alejandra (1999). Mujeres y hábitat popular ¿cooperación para la sobrevivencia o para el desarrollo? *Hojas de Warmi*, 10: 79-89. Recuperado de: <https://revistas.um.es/hojasdewarmi/article/view/171301>

Matossian, Brenda (2015). Inserción urbana y desigualdades sociales de migrantes recientes en San Carlos de Bariloche. *Párrafos geográficos*, 13(2): 47-75. Recuperado de: http://igeopat.org/parrafosgeograficos/images/RevistasPG/2014_V13_2/22-3.pdf

Mera, Gabriela (2020). Migración y vivienda en la Aglomeración Gran Buenos Aires: un estudio sobre condiciones habitacionales a partir de una tipología de áreas residenciales. *Territorios. Revista de estudios urbanos y regionales*, 43. Recuperado de: <https://revistas.urosario.edu.co/index.php/territorios/article/view/8177>

Mera, Gabriela y Vaccotti, Luciana (2013). Migración y déficit habitacional en la ciudad de Buenos Aires. Resignificando el "problema". *Argumentos*, 15: 176-202. Recuperado de: <https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/view/906>

Merklen, Denis (1997). Organización comunitaria y práctica política. Las ocupaciones de tierras en el conurbano de Buenos Aires. *Nueva Sociedad*, 194: 162-177.

Molinatti, Florencia y Peláez, Enrique (2017). Residential segregation and adequate housing among migrants from Bolivia and Peru in Córdoba, Argentina. *Migraciones Internacionales*, 9(2): 9-36. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.17428/rmi.v9i33.51>

Molinatti, Florencia y Peláez, Enrique (2017). Residential segregation and adequate housing among migrants from Bolivia and Peru in Córdoba, Argentina. *Migraciones Internacionales*, 9(2): 9-36. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.17428/rmi.v9i33.51>

Munera, María Cecilia y Sánchez Mazo, Lina (2012). Construcción social de hábitat: reflexiones sobre políticas de vivienda en Colombia. En José E. Espinosa, *Políticas de empleo y vivienda en Sudamérica* (pp. 75-93). CLACSO.

Olson, Joakim (2012). Venciendo la fragmentación. Para lograr un modelo hermoso. En: AA. VV. *El camino posible. Producción Social del Hábitat en América Latina* (pp. 7-12). Trilce.

Ortiz Flores, Enrique (2012). *Producción social de vivienda y hábitat: bases conceptuales para una política pública*. En AA. VV. *El camino posible. Producción Social del Hábitat en América Latina* (pp. 13-43). Trilce.

Ossul-Vermeiren, Ignacia (2018). Lo político de hacer hogar: una mirada de género a la vivienda autoconstruida. *Revista INVI*, 33(93): 9-51.

Perissinotti, María Victoria (2016). Un lugar donde vivir. Las luchas migrantes por el acceso al espacio urbano en la ciudad de Córdoba (Argentina). *REMHU. Revista Interdisciplinaria da Mobilidade Humana*, 24(47): 59-76. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.1590/1980-85852503880004705>

Perissinotti, María Victoria (2019). *La política como lugar. Trabajadores, migrantes y luchas por la ciudad en Córdoba, Argentina*. Buenos Aires: Antropofagia.

Quirós, Julieta (2011). *El porqué de los que van: peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires. Una antropología de la política vivida*. Antropofagia.

Quirós, Julieta (2021). *¿Para qué sirve unx antropólox? La intervención antropológica y sus relaciones con la investigación*. Museo de Antropología.

Radonich, Martha, Ciarallo, Ana y Tripn, Verónica (2011). Chilenos y bolivianos en la conformación de territorios en áreas rurales del Alto Valle de Río Negro, Argentina. En C. Pizarro (Comp.). *Migraciones internacionales contemporáneas. Estudios para el debate* (pp. 379-400). CICCUS.

Rebord, Gustavo, Mulatero Bruno, Daniela, Ferrero, Aurelio y Astesano, Cristina (2018). Mercado informal del suelo urbano en Córdoba. En M. C. Cravino (Coord.) *La ciudad (re)negada. Aproximaciones al estudio de asentamientos populares en nueve ciudades argentinas* (pp. 123-160). Universidad Nacional de General Sarmiento.

Reusa, Victoria (2018). *Construyendo la casa, construyendo Pueblos. Una etnografía sobre experiencias del habitar en un asentamiento informal de la ciudad de Córdoba (Argentina)*. (Tesis de Licenciatura). Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba.

Reusa, Victoria (junio de 2020). *Mantener la vida andando. Economías cotidianas y organización colectiva entre las clases trabajadoras de la Córdoba contemporánea, más el plus de investigar en la pandemia*. I Primera Jornada sobre Derechos Humanos, Saberes en Diálogo: Investigar e intervenir con otrxs. Facultad de Filosofía y Humanidades, Córdoba, Argentina. Recuperado de: <https://ffyh.unc.edu.ar/editorial/wp-content/uploads/sites/5/2020/12/SaberesEnDialogos2020.pdf>

Rodrigo, Federico (2021). Migrantes bolivianos/as y luchas por el derecho a la ciudad en Argentina. Una revisión crítica de la perspectiva de la Autonomía de las Migraciones. *Estudios Fronterizos*, 22(e074). Recuperado de: <https://doi.org/10.21670/ref.2111074>

Rosas, Carolina, (2010). *Implicaciones mutuas entre el género y la migración. Mujeres y varones peruanos arribados a Buenos Aires entre 1990 y 2003*. Eudeba.

Vaccotti, Luciana (2014a). Migraciones, espacio y política. Perspectivas teóricas para el abordaje del rol del Estado en la "lucha por la vivienda"

(Ciudad de Buenos Aires, 2001-presente). *Estudios Sociales Contemporáneos*, 11, 38-50. Recuperado de: http://bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/6822/04-vaccotti-esc11.pdf

Vaccotti, Luciana (2014b). *En los márgenes de la política. Migrantes y movilizaciones por el derecho a la vivienda en las villas de la ciudad de Buenos Aires: el caso del Playón de Chacarita (2001-2014)*. (Tesis de Doctorado). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Vaccotti, Luciana (2017). Migraciones e informalidad urbana. Dinámicas contemporáneas de la exclusión y la inclusión en Buenos Aires. *EURE*, 43(129): 49-70. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.4067/S0250-71612017000200003>